

El café  
de los miércoles

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*1ª edición: febrero 2021*

Imagen de cubierta:

© Javier París

Maquetación:

Itxaropena

© Bakarne Atxukarro Estomba

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-695-5

D.L.: D 188/2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

Bakarne Atxukarro Estomba

# El café de los miércoles





A mi hermana,  
por inspirarme esta historia,  
por animarme a escribirla,  
por seguir a mi lado engalanada siempre con su sonrisa,  
por devolverme al camino,  
por ser la amiga que nunca puede faltar.

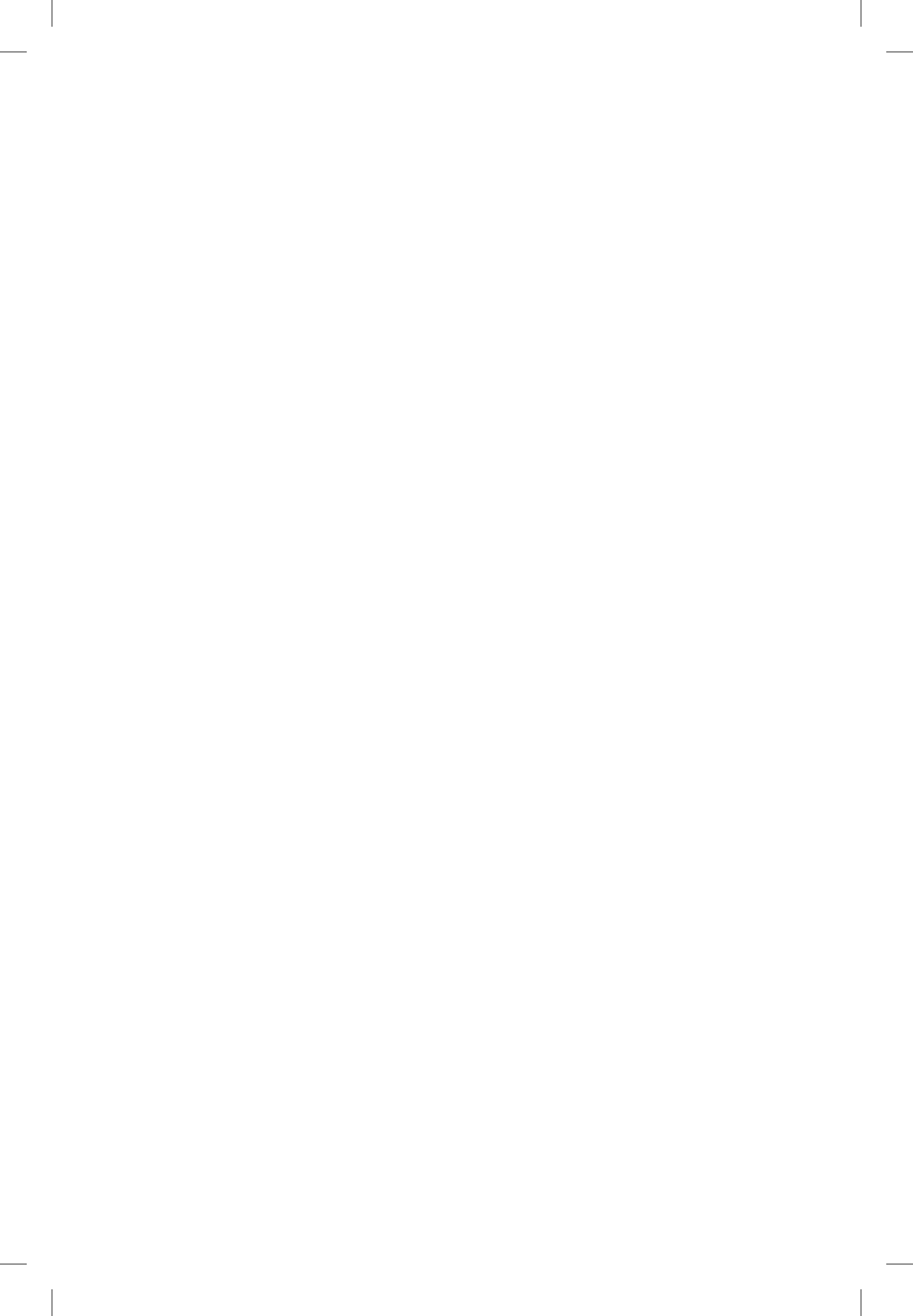


## Introducción

Un día, Mabel decidió que ya no aguantaba más. Se sentía atrapada, anulada. No estaba viviendo la vida que quería. Así que cogió algunas de sus cosas y cerró la puerta con estrépito, sin mirar atrás. Tenía 42 años. Sentía que había llegado al ecuador de su vida y no podía perder más tiempo; porque el tiempo era finito, porque se acababa. Calculó que le quedaba media vida por vivir y lo quería hacer bien. Necesitaba replantearse su existencia. Por eso cogió el primer tren que pasó, lo dejó todo y se fue.

Esta es la historia de una mujer que empieza de cero, Aunque, quizá, sea el compendio de las muchas etapas de la vida de una mujer. No obstante, es fácil que quien más quien menos lea en estas líneas la determinación de muchas mujeres conocidas por tomar las riendas de su vida y emprender otros rumbos.

Sea de una manera u otra, *El café de los miércoles* habla del miedo, de la valentía, de la soledad, de la amistad, de dudas y certezas. En definitiva, de la vida.



*Mabel coge el tren*

**Y** decidió que ya no aguantaba más. Cogió algunas de sus cosas y cerró la puerta con estrépito, sin mirar atrás. Tenía 42 años. Sentía que había llegado al ecuador de su vida y que había que hacer balance. Vivir no era para siempre. La fecha de caducidad estaba puesta y no se podía perder más tiempo; porque el tiempo era finito, porque se acababa. En esa media vida que calculaba le quedaba por vivir, no quería llegar a su término con la sensación de haberse extraviado, de haber errado el camino.

“¡¡¡Hola, me llamo Mabel y quiero empezar una nueva vida; una vida que realmente me llene!!!”, se gritó a sí misma.

Sentía una pesada y maciza cadena rodeando su cuerpo. “Quisiera ser una súper heroína, para abrir los brazos y hacer añicos estos eslabones que me aprietan...”. Pero no lo era. Y se estaba asfixiando.

Así que, sin pensarlo demasiado, montó en el primer tren que paró en la estación y se dejó llevar por la inercia del

traqueteo del vagón. Las paredes de color blanco roto, los asientos de tapicería gris y finas rayas granates y aquel olor a nuevo sólo podían prometer experiencias positivas. “Por lo menos diferentes”, se dijo.

No tenía destino fijo. Su billete le daba opción a llegar al final del recorrido, “pero si antes encuentro un apeadero apetecible, me bajaré”.

Por eso, cuando en la pantalla descubrió el rótulo de “Siguiete parada, Candás”, recogió sus bártulos y descendió por los altos escalones de metal.

“¿Por qué aquí? ¿Y por qué no?”. Ella se preguntaba y ella se respondía. No necesitaba a nadie más.

Candás era un pequeño pueblo marítimo de la costa asturiana. Muy cercano a Gijón, sus calles en cuesta resultaban fantásticas para mantenerse en forma. Lugar de gentes amables, exquisita gastronomía y constante trajín, ofrecía al visitante tranquilos y agradables paseos hacia el muelle, la playa o los pueblos de alrededor.

Lo conocía porque de joven, en los tiempos en los que las responsabilidades no la asediaban, lo había visitado con unas amigas.

“Este puede ser un lugar tan bueno como otro cualquiera para empezar”, escuchó Mabel que le dictaba su voz interior. Y sonrió. Era cierto. El mar siempre había supuesto para ella una válvula de escape, una invitación a un mundo desconocido y atractivo. El olor a salitre y el roce de la arena acariciando sus pies desnudos le devolvían aquellos momentos pasados de la infancia, aquellos en los que nada parecía poder romper el equilibrio de los astros del universo particular de cada uno.

“Pues el mío está hecho añicos ahora mismo”, se lamentó de manera automática, casi sin procesar los interrogantes y las respuestas que esas reflexiones generaban.

Salió de la estación. Grandes y rollizas gaviotas le dieron la bienvenida. “Como me caguen, me inundan”, se temió. Sintió una punzada aguda en el estómago. “Tengo hambre”, susurró para sí. Y entonces recordó el último momento en el que había probado bocado. Había pasado demasiado tiempo. Se llevó las manos a los bolsillos.

Calderilla. “Mabel, creo que esta vez te has pasado. No te has despedido en el trabajo, no has pensado de qué vas a vivir, no has, no has, no has... Ya vale. Poco a poco. De momento puedo tirar de tarjeta”. Miró alrededor y justo enfrente descubrió un bar donde servían comidas. *La estación* rezaba el letrero. “¡Qué original!”, pensó con ironía. Cruzó la calle y entró.

El aroma a comida casera le regaló el primer abrazo. El olor a sidra recién escanciada el segundo. Una ristra de ajos y unas mazorcas de maíz colgaban del techo. Las paredes se fundían a él en un intenso azul cobalto y descendían hasta el suelo cubiertas con una bonita piedra.

De pronto reparó en unas letras blancas escritas sobre una pizarra negra:

*Oricios*  
*Bocartes*  
*Parrochas*  
*Andaricas*  
*Llámparas*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El bable es una variedad dialectal del leonés que se habla fundamentalmente en Asturias. Allí, muchas de sus palabras se entremezclan en las conversaciones en castellano, y en los términos gastronómicos está muy extendido. En la

“¡Dios mío, se me ha olvidado el castellano! ¡No entiendo nada de lo que pone!” Y cayó en la cuenta de que estaba escrito en bable, la lengua de Asturias.

—A ver ese *guaje*<sup>2</sup> que está ahí parado, que atienda a la señora.

Era un camarero. Parecía el dueño. Y el “guaje”, un joven que se movía afanosamente entre la nutrida clientela del lugar.

—¡Ay, sí! ¡Perdón! ¿Qué le pongo? ¿Un *culín*?

—¿Un qué?! “¡A que le abofeteo! ¿Se está metiendo con mi culo? ¡Será mal educado!” pensó enojada.

—¡Que si quiere sidra!

—¡Ah! —exclamó dándose cuenta de su error—. No, no... quisiera comer algo.

—En la pizarra tiene las especialidades de la casa. Y además tenemos patatas al cabrales y deliciosos *cachopos*, *rollos de bonito* y *fritos de pixín*<sup>3</sup>.

Ponme una de patatas, por favor.

Y es que aquello era lo único que había entendido. Le pareció divertido y sonrió. Después prestó atención a las conversaciones que la rodeaban. Eran charlas cantarinas, repletas de pretéritos perfectos simples<sup>4</sup>.

---

pizarra que cuelga de la pared se puede leer: *Oricios*: erizos de mar; *bocartes*: anchoas; *parrochas*: sardinas pequeñas; *andaricas*; nécoras; *llámparas*: lapas.

<sup>2</sup> *Guaje*: en bable, muchacho.

<sup>3</sup> *Cachopo*: filete de ternera empanado con jamón serrano, queso de cabrales y pimiento rojo, aunque hay diferentes variedades que contienen otros ingredientes / *rollo* de bonito: plato típico asturiano elaborado con bonito desmigado, cebolla y pimiento verde en salsa de tomate / *pixín*: rape.

<sup>4</sup> En Asturias es habitual sustituir el pretérito perfecto compuesto por el pretérito perfecto simple.

—Aquí tiene. ¿De verdad que no quiere beber nada?

—Sí. Ponme una caña con gaseosa, si no te importa.

—¡Marchando una clara!

“¡Cuánto vocabulario voy a tener que aprender!”, se dijo entre dientes, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Cuando el camarero regresó con la bebida, volvió a dirigirse a ella con voz cantarina.

¿Quiere un consejo? Salga a la terraza. Hoy hace un sol de *restallu*<sup>5</sup> que *presta*<sup>6</sup> mucho.

Mabel, sin pensarlo, obedeció y salió, sin tener muy claro lo que le había querido decir el muchacho. La sonrisa no se apartaba de sus labios.

El típico mobiliario de plástico blanco de jardín reposaba sobre el verde y cuidado césped. Familias, parejas y amigos disfrutaban de una incesante y cantarina charla.

Mabel se sentó en la única mesa que quedaba vacía, se recostó en el respaldo de su silla y se mimetizó con el ambiente.

Una vez saciado el apetito y dar cuenta de un café, empezó a caminar. Pero ¿hacia dónde? Apenas recordaba el pueblo. “En un lugar de costa siempre es fácil orientarse, sólo se necesita saber dónde está el mar”. Así que interceptó a una madre que intentaba poner orden entre los brazos de sus dos chicuelos y le preguntó por la ubicación de la playa. “Creo que he sido una inoportuna” se regañó para sí. Pero

<sup>5</sup> *Restallu*: resplandeciente.

<sup>6</sup> *Prestar*: agradar, gustar.

no se disculpó y siguió con paso firme las indicaciones recibidas.

Avenida José María Fernández Ladreda, avenida Constitución, “joé, para ser un pueblo tan pequeño, cuántas avenidas tiene...”. Se adentró en la zona peatonal del casco histórico por la plaza Baragaña, con sus losetas grises y blancas, “esta plaza parece ser el centro de Candás. Me lo tengo que aprender bien”. Sidrería *El Repinaldo*, “este local parece cita obligada”, el *K4*, “y este un bar de copas, igual algún día me acerco”, el ayuntamiento viejo, que según el letrero de fuera parecía ser la actual sede de la policía local, “espero no tener que necesitarles”.

Se detuvo junto a un espléndido magnolio para contemplar con detalle el mural que rompía el monótono mostaza de la fachada del restaurante La Parra. En él estaban representados un barquillero, varios instrumentistas de la banda, unos niños jugando a canicas, el párroco y los monaguillos, una mujer descalza, vestida con falda y chaleco de color negro y flores en las manos y un grupo de hombres portando una Virgen. “Madre mía, ¿esto se verá por aquí todos los días? Hay que admitir que está bien pintado”.

Reanudó su marcha y siguió por la calle Astillero, una larga cuesta que asemejaba un río de asfalto que iba a parar directamente al mar. Abajo, en su “desembocadura”, dos hoteles. El de la derecha, el hotel *Marsol*, de cuatro estrellas, de construcción típica de los años setenta y con una terraza con vistas espectaculares en su última planta. A la izquierda, el hotel *El puerto*, de dos estrellas. “Este es más

pequeño y parece acogedor. Ya veremos lo que cuesta. Es verdad que puedo tirar de los ahorros durante una temporada, pero tampoco hay que pasarse...”. La decisión, sin embargo, la postergó para más tarde. No quería atarse a nada, ni siquiera a la reserva de un hotel. Quería dejarse llevar, fluir como el agua libre de un riachuelo.

Se dirigió al muelle. Pasó por delante de terrazas y heladerías atestadas de gente. Apenas prestó atención al rumor de las voces que llegaban de la playa, y siguió caminando. Se sentía libre. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía libre.

Cuando llegó al espigón se sentó, apoyó la espalda contra la pared y se quedó mirando al mar. Cerró los ojos. Dejó que el sol besara sus mejillas y que el aire peinara sus largos cabellos. “¿Y ahora qué?”, le apremió de pronto la voz de la responsabilidad. “Ay, déjame un rato tranquila. Déjame disfrutar. Déjame no hacer nada”.

Se recogió la melena en una coleta y se remangó las mangas, ya de por sí cortas, hasta los hombros. Ofreció sus largas piernas blancas a los encantos del sol. Hacía calor. “Menos mal que hoy se me ha ocurrido ponerme los shorts vaqueros”, pensó aliviada, “aunque con lo blanca que estoy, igual me debería dar crema... Pero ¡qué pesada soy! ¿Por qué me preocupo tanto por las cosas?”. Por último, se descalzó. Contempló las uñas pintadas de sus pies. “Bueno, por lo menos tengo los dedos vestidos. Si me compro un bañador puedo ir a la playa sin complejos”. Nunca le habían gustado sus pies y menos aquellas uñas amarillentas. Acto

seguido recapacitó y se hizo una promesa: “el día que no tenga esmalte seguiré yendo a la playa. Basta ya de tanta tontería. Ya no tengo complejos”.

Y así estuvo un largo rato, absorta en su mente vacía. Sin pensar, sin sentir. Simplemente disfrutando.

*Vivir el momento*

Cuando la brisa marina empezó a amenazar con sus finos colmillos de frío, abrió los ojos y se puso en marcha. “Lo último que me apetece es cogerme un catarro en mi primer día de vacaciones –musitó–. Y esto ya no es responsabilidad, sino practicidad”. Se acercó hacia los hoteles, consultó precios y se decantó por el más barato. Subió a la habitación, con vistas al Cantábrico, y dejó su bolsa encima de la cama. Pronto su móvil comenzó a sonar. “Vaya, aquí hay conexión libre de wifi... Con lo tranquila que estaba yo sin que me entrara ningún *was*”, se lamentó. No miró los mensajes.

Salió a la terraza y se quedó prendada de la belleza que ante ella se ofrecía. Y sintió remordimientos. “¿Puedes parar ya? ¿Acaso no te mereces unas buenas vacaciones?”, se recriminó.

El hotel albergaba un restaurante tradicional al que bajó para cenar.

—¿Mesa para dos? —le preguntó el camarero.

—No, vengo sola —respondió, sintiéndose extraña ante su respuesta, aunque curiosamente tranquila.

Después de una ensalada y un cortado de postre, regresó de nuevo a su habitación, cogió el e-book y salió a la terraza. El teléfono volvió a vibrar. Ella lo volvió a ignorar.

Sólo quería leer, disfrutar, evadirse, no pensar. En la calle se oía el rumor de las voces de los clientes en las terrazas y el arrastrar de sillas. La temperatura era fresca. “Vaya, el verano aquí exige chaqueta”. Y después de ponérsela, siguió leyendo y disfrutando.

Lo mismo que hizo durante otras muchas noches que sucedieron a aquella. Y lo mismo que había hecho durante los días que a estas precedieron.

El teléfono siguió vibrando durante días, hasta que Mabel respondió con un único mensaje. “Estoy bien. No sé cuándo volveré”.

Era cierto. No tenía fecha de retorno. Además, se vivía bien allí. El bullicio de la playa le transmitía vida, la sonrisa de la gente, alegría. “Donde se está a gusto, mucho rato” recordó que le repetía su abuela. Y ella corroboró aquellas palabras que consideró sabias.

Se cortó el pelo, compró algo de ropa, amplió su neceser de baño y empezó a sentir la habitación del hotel como algo parecido a un hogar. Aprendió que en la heladería *Helios* de la plaza Baragaña los helados eran fantásticos, y que las “Marañuelas”, junto a los “Candasinos” eran los dulces típicos del pueblo; también que los segundos le gustaban más. A la orilla del mar, que las madres pedían a sus hijos que no les

*chiscaran*<sup>7</sup> al entrar en el agua y que los niños decían estar *fartucos*<sup>8</sup> después de una copiosa merienda.

Disfrutó de mañanas de playa y tardes de muelle, siguiendo las recomendaciones de los lugareños que le repetían que “el monte da muy pronto sombra y hace que la arena se quede enseguida fría”. Y se enamoró del Cantábrico.

Tomó por costumbre dar largos paseos por la playa. Se dejaba hipnotizar por las olas del mar que acariciaban la orilla en su ir y venir constante y daba rienda suelta a su imaginación. Fijaba su mirada en la roca que, durante la marea baja, dividía la playa en dos. A veces veía en ella un elefante; en otras, una mujer de largos cabellos alzando su rostro al cielo. La placa dedicada a Leopoldo Alas Clarín se convirtió pronto en una parada obligatoria. “No era de aquí, pero vivió durante una temporada en Candás junto a su mujer que era de El Entrego”, le había dicho un día una mujer mayor que se detuvo junto a ella en el momento en el que Mabel observaba una vez más aquel texto y fotografía. “Qué maja la señora. Se me debe notar mucho que siento especial atracción por este tótem”.

La playa de Perlora también se convirtió en otro lugar de descanso predilecto. Pronto se acostumbró al sonido del mar lamiendo la orilla, a la brisa marina meciendo las hojas de los árboles, al mullido contacto de la hierba bajo sus pies descalzos. Perlora la invitaba a dejarse atrapar por el laberinto de coquetos chalés de paredes de color sólido decoradas con la sombra de las hojas de falsos plataneros. Las risas de los

<sup>7</sup> *Chiscar*: salpicar.

<sup>8</sup> *Estar fartuco*: estar saciado, lleno.

chapuzones infantiles parecían ejercer de hilo musical de fondo. Ella aceptaba gustosa la invitación.

“No te engañes, Mabel, esta no es tu vida, lo que haces es vivir la vida que corresponde a otros”, le repetía una y otra vez su lado racional. Pero se negaba a escucharlo. En esos momentos el emocional era el que imperaba. Lo necesitaba.

Como el clima de Candás no permitía disfrutar de muchos días playeros, disfrutaba de muchos paseos tranquilos en plena naturaleza, a menudo empapada por el *orbayu*<sup>9</sup>. Le gustaba. Aquella lluvia fina purificaba su alma, devolvía la vida a la flor mustia y marchita que anidaba en su interior.

A menudo accedía al paseo que partía desde el ayuntamiento y llegaba al faro. El edificio granate ribeteado de láminas de piedra color arena era la atalaya del casco antiguo, por un lado, y de un prado verde y extenso por el otro. Se adaptó pronto a esas combinaciones de colores, a las fachadas azules, granates, verdes y mostazas y a los pasajes de un verde intenso. Aquella variedad cromática ofrecía equilibrio y orden a su interior gris caótico.

Por eso la primera vez que tomó aquel camino sintió una punzada de desilusión al descubrir el Museo Antón. “Vaya. Con lo bonitas que son aquí las casas, esta es muy sosa. La han dejado blanca”. Pero a lo lejos vio algo parecido a una campana que le hizo comprender que estaba en un lugar especial.

—¡No! Aquello es una escultura. Igual que ese personaje tan extraño que parece que regala pescado al que llega —le

<sup>9</sup> *Orbayu*: lluvia liviana, casi imperceptible, que empapa.

explicó un hombre entrado en años que estuvo encantado de resolver sus dudas.

—¡Ah! Creí que era un troll.

—Aquí nada es lo que parece —le dijo el amable señor—. De hecho, el museo antes era la casa de la familia Estrada-Nora, unos terratenientes que tenían posesiones por toda Asturias. Todo este *prao* era de ellos.

Las conversaciones con los lugareños, siempre amables y dispuestos a ayudar, el sol, la arena, el agua, la verde hierba fresca y el mar se convirtieron pronto en aliados y en la terapia perfecta para Mabel.

A finales de aquel mes de julio ya se sentía otra persona. “Pero como vuelva ahora, se va todo al carajo”, se repetía cada mañana. Quería perpetuar aquella sensación de bienestar, empapar cada poro de su piel con ella. Quería vivir el momento. Asturias, Candás la estaban cambiando, la estaban conquistando y ella se dejaba seducir. Era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.